

Le Piccòle-Mêlé

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

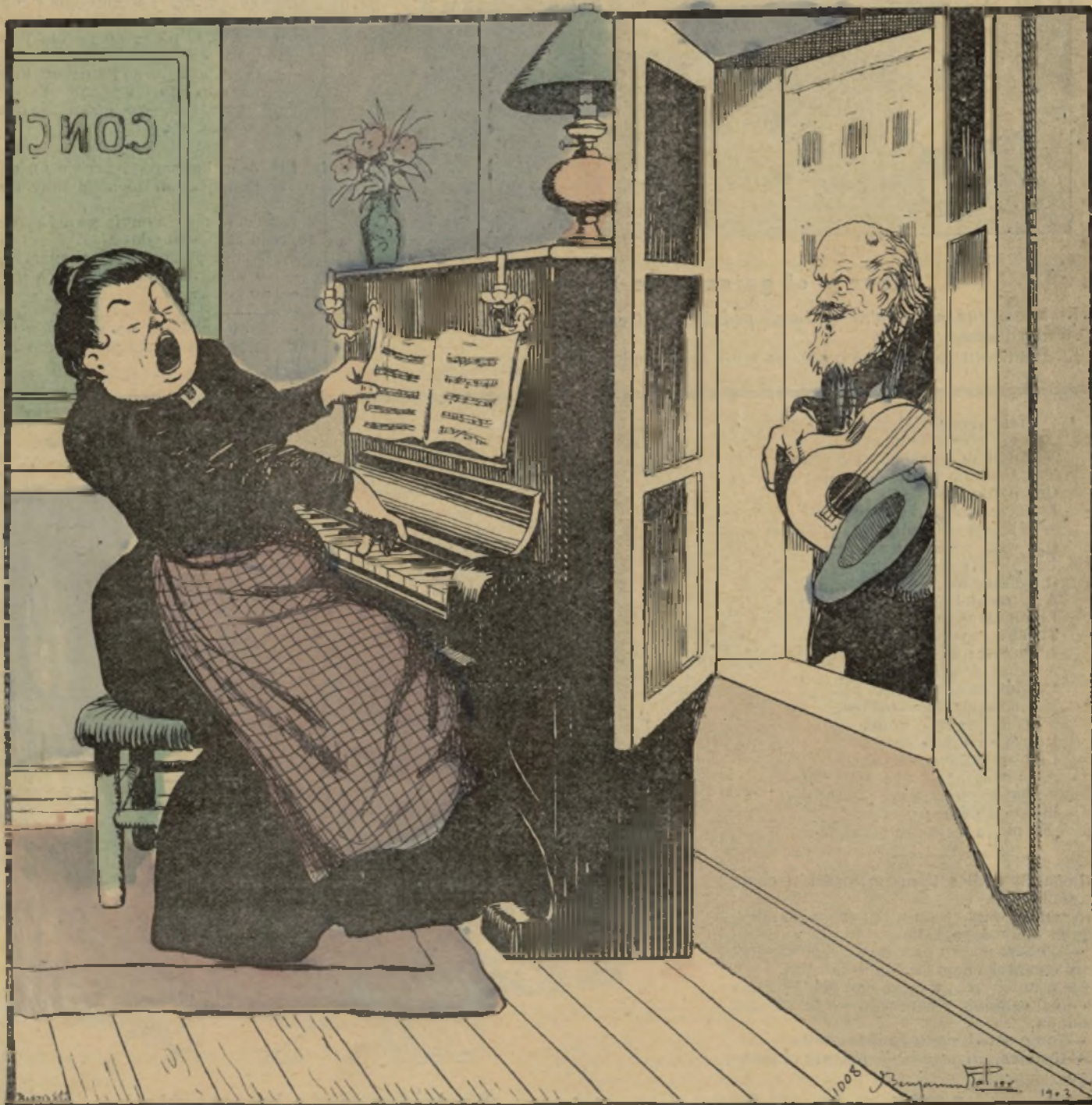
SUBSCRIPCIONES:

España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4'
Unión postal	1 año	10'
	6 meses	5'50

DIRECCION:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS
 Reservado todo derecho de reproducción o traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: **BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.**



LA PORTERA (cantando): Brilla el pálido lucero,
 De la noche mensajero.
 (Al Mendigo): ¿Qué quiere usted? ¡Váyase con la música á otra partel ¡Aquí no se canta!



Azor y el guisado de liebre

EL MOZO (que trae el plato de liebre pedido). — ¿Qué le pasa á este perro? ¿No va á morderme?

EL PARROQUIANO. — No sé; sólo se pone así cuando olfatea un gato.

A un señor mayor, muy grave y muy cazado, que vivía retirado en un pueblo de la Alcarria, le indujeron, después de muchos ruegos é instancias, á formar parte de una gran cacería que habían organizado sus amigos y conocidos.

Se decidió al fin; pero haciéndose acompañar por un muchacho que le llevase la escopeta y se la cargase.

Llegados al soto, le señalaron su puesto. Allí se instala, se sienta, se calza las gafas; saca un libro del bolsillo y se pone á leer, después de haber encargado al muchacho que le avisara cuando viese alguna pieza de caza...

Cada vez que el muchacho veía una, decía al cazador:

— ¡Señor, allí va una!

Pero antes que nuestro hombre dejara el libro, se quitara los anteojos y cogiera la escopeta (todo lo cual hacía siempre con gran flema), la pieza se perdía de vista, y el muchacho le decía desconsolado:

— ¡Ay, señor! ¡ya se ha escapado!

— Amiguito mío — le respondía pausadamente el cazador, — yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo...

Piave recibe un telegrama en el que le participan que un tío suyo muy rico está agonizando.

Acto continuo le envía su médico, el cual regresa al cabo de dos días.

— ¿Cómo sigue el tío? ¿Ha muerto?

— No, señor. Lo he salvado.

— ¿De veras?

— Sí.

— Está bien. Pero no volverá usted á intervenir jamás en ningún asunto de mi familia.

Un arriero andaluz,
Animoso como él mismo,
Viendo que herraban un macho
Tan soberbio y tan maldito,
Que nadie le sujetaba,
Lleno de arrogancia, dijo:
— Déjenme solo con él,
Que solo, y sin otro auxilio,
Le sujetaré al instante. —
Hicieronlo así, y asido
A un pie del macho, al momento
El animalejo esquivo
Tiró una coz, y arrojó
Al andaluz atrevido
A la mitad de la calle.
Levantóse con ahinco,
Mirando por todas partes,
Y los demás, aturdidos
De ver su serenidad,
Le preguntaron: — Amigo,
¿Qué buscas? — Y él respondió:
— ¿Qué he de buscar? ¡Vive Cristo!
Busco la pata; ¡pues qué!
¿No me la traje conmigo?

Doña Remedios tiene un vozarrón como un sochantre.

A unas amigas con quienes pasea, dice que es «mezzo-soprano».

— Asegura mi profesor de música que llegaré á cantar como un ángel — añadía.

De pronto, ve á un ciego que pide limosna en una esquina, y acercándose le da una moneda.

— Tome usted; no llevo más suelto.

— Gracias, mi general — contestó el mendigo.

Gedeón se quejaba ayer de los rigores de la temperatura:

— Es tan grande el frío que hace en mi casa — decía, — que estos días, para lavarme las manos, tengo que ponerme los guantes.



En la fonda de la estación

EL MOZO. — Un bifeck, 1'10... luego un queso, 1'50... luego...

EL EXTRANJERO. — ¡Despache usted aprisa... el tren parte á las 3'40!

EL MOZO. — Justo; esto es: 1'50 y 3'40 son 4'90.



— ¡Siempre funciones á beneficio de los inundados!...
 ¡Parece mentira que nunca se acuerden de hacerlas para los que estamos en seco!



— ¿No hace usted nada, en el estado civil, para enflaquecer?
 — Sí, mi capitán; sigo un régimen.
 — Pues mire usted, yo voy á prescribirle un tratamiento más eficaz: ¡va usted á seguir un regimiento!



— ¡A ver si tomando tanta cantidad de género, me hace usted alguna rebaja!
 — Si señor... pero antes convendría que el señor se rebajara también un poco...



LA MAMÁ. — Mira, Luisito, lo he probado ya todo; pero tu papá se niega rotundamente á comprarte la *charrette* inglesa.
 LUISITO. — ¿Por qué no ensayas una crisis nerviosa? Tú logras cuanto quieres con eso, y ahora podrías hacerlo por mí.

El corredor y los muebles



EL CORREDOR. — Caballero, tengo el honor de ser representante de una de las más importantes casas de muebles, el gran almacén de F. Dumont y C.^a

EL CABALLERO. — Siento en el alma que venga usted á verme tarde ya para su objeto. Acaban de amueblarme este comedor, y ya nada más necesito.

EL CORREDOR. — Ha hecho usted mal en comprar estos muebles... su construcción no puede ser más deficiente...



... están hechos para venderlos en baratillos... mucha apariencia y ninguna solidez. ¿Ve usted qué patas las de esta mesa? ¿Cómo es posible que se sostenga, si se le van en seguida?...



... y en cuanto á las sillas, mañana las tiene usted desvencijadas; ¡si esto no son más que cuatro débiles palitroques!

A un fanático doctor,
Que vive en la vecindad,
Pregunté qué enfermedad
Es á su ver la peor.
Y él, que tiene la virtud
De la franqueza, aunque inepto,
Me dijo que, en su concepto,
La peor es la salud.

A. Ribot.



... ¿Y el armario?... abeto puro, blando como manteca... ¡Tome usted... crac... crac! ¡Si no vale nada! ¡Qué modo de engañar! ¿Y ha pagado usted muy caro todo esto?

EL CABALLERO. — No, si no lo he pagado todavía...



EL CORREDOR. — ¡Qué suerte la de usted!

EL CABALLERO. — Efectivamente... pues podrá avisar á la casa de que es usted representante, que venga á recoger pronto esta engañifa..

EL CORREDOR. — ¿Cómo? ¿qué dice usted?

EL CABALLERO. — Sí, ya que no valen nada... y en casa de usted es donde me han vendido estos muebles...

Disputaban dos necios en un convite. El uno sostenía que se debía decir al criado: «Dame de deber»; el otro: «Dame que beber».

Una señora, que escuchaba la disputa, la cortó, diciendo:

—Creo que ninguno de los dos tiene razón, porque hombres como ustedes, deben decir: «Llévame á beber».

El tío Caracoles es un gitano que se gana la vida vendiendo caballos y engañando á los compradores.

—Usted me ha robado—le decía uno de éstos;—me aseguró usted que el caballo no tenía ningún defecto, y ahora acabo de ver que es tuerto.

—Hombre—contestó el chamán;—ese no es un defecto, es una desgracia.

La última palabra de los deportes populares



La Marcha de los Callos (carreia de obstáculos).

Poseída de la mayor angustia, decía una señora muy caritativa:

—Ayer mi criada rompió un jarrón que me había costado quince duros. ¡Pobrecilla! Para pagármelos va á tener que estar tres meses sin cobrar su salario, y mientras sus padres mendigarán el sustento. ¡Me dan una lástima!

Un caballero decía en una reunión á otro, á quien no conocía:

—Qué malo, insípido y aburrido es todo esto! Me marcho, porque no lo puedo aguantar.

- ¿Quién pudiera hacer lo mismo!
- ¿Por qué no lo hace usted?
- Porque soy el dueño de la casa.



La señora ruin y el convidado prudente

De qué modo la roñosa ama de la casa ve las trufitas que se ha servido un convidado muy prudente, y cómo ve las gordas trufas que han quedado en el plato.

Conocido es el laconismo de los espartanos. Los habitantes de una isla del mar Egeo, acosados por el hambre, enviaron un embajador á Esparta, el cual pronunció una arenga con objeto de obtener los socorros que necesitaba. Cuando hubo concluído, le despidieron los espartanos diciéndole:

—No hemos comprendido el final de tu discurso, y hemos olvidado el principio.

El pueblo hambriento escogió otro orador, al que recomendó que fuera muy conciso en su petición. El nuevo embajador se llevó un gran número de sacos, abrió uno delante de la asamblea, y dijo solamente:

—Está vacío: llenadlo.

Los espartanos llenaron aquel saco y todos los demás; pero el presidente, al despedir al orador, le dijo:

—No tenías necesidad de decirnos que tu saco estaba vacío, pues ya lo veíamos. Tampoco tenías necesidad de pedir que lo llenáramos, pues ya lo hubiéramos deducido. Otra vez no seas tan prolijo.

Un sujeto pregunta á un autor de novelas muy malas:

- ¿Qué tal, se venden bien?
- ¡Oh! sí. Lo mismo que si fuesen pan.
- ¡Ah! ya. Vamos, por libras.

—¿Pero eres capaz de casar á tu hija con ese octogenario?

—Ya lo creo. Como que además de los ochenta años, tiene ochenta mil duros.

—¿Y qué?

—Que mi hija no tiene nada que perder más que... á su marido.

Ajuste de doncella:

—¿Por qué la han despedido á usted de la última casa donde sirvió?

—Porque me olvidaba siempre de lavar á los niños.

(Los niños á coro).—¡Tómala, mamá, tómala!

A la salida de un almuerzo:

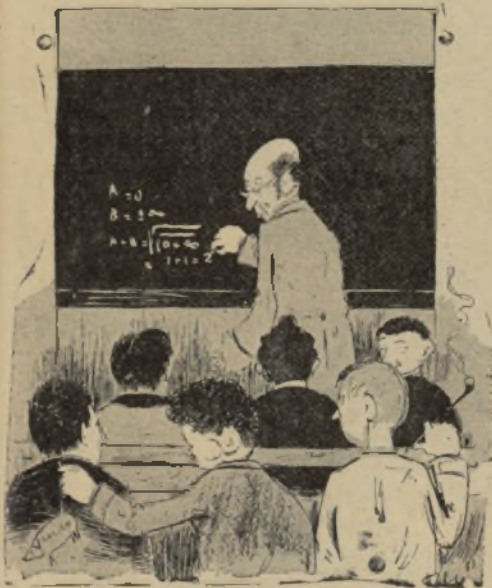
—¿Qué cocina tan horrible!

—No me hable usted de eso.

—Sin embargo, cuando menos, por cortesía, hay que devolverle ese almuerzo.

—Lo que es por mí, lo devolvería en el acto.

Las mujeres serfan horribles, si se pareciesen á los objetos con los que se las compara, cuando se las quiere adular.—Icaro.



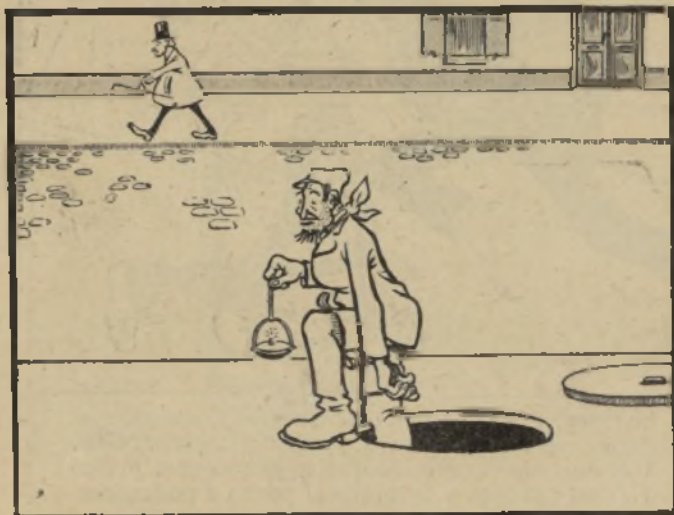
Problema aritmético

—Vamos á ver, niños: Un hombre sale de su pueblo á las 6 de la mañana, dirigiéndose á otro distante seis leguas. ¿A qué hora llegará á este último pueblo, sabiendo que dicho peatón recorre un kilómetro cada 19 minutos?

—Falta un dato.

—¿Cómo que falta un dato?

—Sí señor; los minutos que empleará desviándose de la carretera para huir de los automóviles.



—Lo que me perjudica la salud, no es pasar diez horas diarias aquí dentro, sino...



... tener que recorrer todos los días por espacio de quince minutos la vía del Metropolitano para llegar á mi casa.



— ¡Socorro... ó deajo la piel!
 — ¿Qué diablos estás gritando?
 ¿Dejas la piel ó de pieles
 Te cargas encima un fardo?

El agente Horacio y los tres ratas



Egregios ciudadanos, oid la gran proeza,
 El valor del guindilla, de que os mofáis injustos.
 El solo, ¿ois? él solo, luchó contra tres ratas,
 Borrachos, eso sí, y él los venció sereno,
 Pues nuevo Maquiavelo, para salir triunfante,
 Huyendo el triple ataque, buscólos uno á uno.



Los tres, con más ó menos enrevesadas eses,
 Dirigense á su encuentro, por ver si lo acorralan,
 Y él dejando al primero que se le acerque, presto
 Vira en redondo y le hunde el pecho á puñetazos.
 Terror de los suburbios, el Percha, el malsín seco,
 De hocicos contra el suelo vomita ya jadeante.



Temiendo por su piel el rufián vocea
Y llama al Culebrón, que desgarbado acude,
Mientras Horacio aguarda á un lado, puño en ristre,
Volver á las andadas y repetir la suerte.



Y aunque el otro pretende vengar la grave ofensa,
Pronto le mete dentro el cálido resuello
Con dos fuertes puñadas, que al punto lo derriban
Sobre aquel de quien quiso en campeón erigirse.



—¡Victoria! ¡ya sólo uno me quedal—Horacio grita,
Y férvido se lanza, con tremebundo empuje,
Saltando por encima de los tendidos cuerpos,
A darle el gran cachete al Gomosin beodo.



El cual tan sólo al aire del manotón cayóse...
Alzó el guindilla entonces enajenado el rostro,
Y como el gladiador, erguido ante sus víctimas
Lanzó el grito á los aires proclamador del triunfo.

El centinela y la bala perdida





Marius, contando sus hazañas

— Un día que me fui á dar un paseo por el desierto, salvé la vida á un negrito que jugaba al arco, haciéndome pasar por domador.

Los teatros y la prensa



EL REPORTER. — Dispense usted, señor director; soy el representante de **El Péle-Méle**, periódico festivo que usted conocerá sin duda alguna.

EL DIRECTOR. — ¿Que si conozco **El Péle-Méle**? ¡Vaya una ocurrencia!... Todas las semanas me hace desternillar de risa con las extravagancias, dicharachos, salidas ocurrentes y chtrigo!as que publica... ¡Vaya si conozco yo **El Péle-Méle**!

EL REPORTER. — En este caso, señor director, ¿me permitirá usted que le pida un asiento para asistir á la representación de mañana?

EL DIRECTOR. — ¡Hum! lo que usted quiere, joven, es algo difícilillo... Ya comprenderá usted que con el éxito alcanzado por esa representación, los asientos se venden á buen precio.

EL REPORTER. — Precisamente por eso, señor director. Como sé el triunfo que ha obtenido la pieza, ardo en deseos de verla representar.

EL DIRECTOR. — A propósito: usted me hará el obsequio de mandarme el periódico, ¿no es esto?

EL REPORTER. — ¡No faltaría más!

EL DIRECTOR. — Por duplicado, entendámonos. Y después, envíe también el número semanalmente á mi hija, que vive en L***; esto le servirá de diversión.

EL REPORTER. — Comprendo.

EL DIRECTOR. — Sí... Y también á mi tío, que es capitán de bomberos en San Petersburgo.

EL REPORTER. — ¿No hay más?

EL DIRECTOR. — Aguarde usted... quisiera asimismo que, de vez en cuando, insertara usted algún reclamo en el periódico; usted comprenderá que eso del reclamo siempre da buenos resultados.

EL REPORTER. — En efecto.

EL DIRECTOR. — ¡Ah! se me olvidaba decirle que tendría una gran satisfacción en que su amigo R... me hiciese un dibujo representándome rodeado de mi compañía, y sobre todo que destaque mi nombre en gruesos caracteres. Esto alegrará muchísimo á mi mujer; además de que es un excelente medio de publicidad.

EL REPORTER. — ¡Ya lo creo!

EL DIRECTOR. — Y que el dibujo salga en primera página.

EL REPORTER. — Claro, para que resalte más.

EL DIRECTOR. — Esto es... Luego, su colaborador F... bien pudiera consagrarme una crónica; hay mucho que decir respecto á mis méritos personales...

EL REPORTER. — ¿Y el billete para mañana?

EL DIRECTOR. — ¡Ah! ¡Tiene usted razón... el billete, ... la verdad es que son ustedes muy exigentes los señores de la prensa... No es que se lo rebuse, no... pero en este momento los asientos se venden muy caros: ¿cómo pretende usted, pues, que se lo regale? ¡Vaya un negocio! Dentro de quince días, pondré en el cartel una pieza antigua, un pasillo cómico... Dese usted una vuelta por aquí entonces... y quizá pueda ofrecerle un asiento de paraíso.



EL ESTADISTA. — Sirvame usted el mismo menú que ayer: rábanos, biftek con berros, patatas sopladas y postres.
—Al momento, caballero.



Terminada la colación, el estadista pide recado de escribir, y empieza á trazar cifras con feroz y vertiginosa velocidad.



EL ESTADISTA. — ¡Mozo! — grita al cabo de un rato; — ¿cómo es esto? Me cuenta usted diez reales por esta comida, lo mismo que ayer, siendo así que sólo he abierto tres mil cuatrocientas sesenta y cinco veces las quijadas, esto es, ochocientas cuarenta veces menos que ayer, en que las abrí cuatro mil trescientas cinco? ¿No le prueba á usted esto, matemáticamente, que hoy la comida ha sido menos abundante? ¡Esto es un robo, un robo incalificable!

Tres individuos se presentan en la secretaría de un gobierno civil á pedir pasaporte para el extranjero.

—¿De dónde son ustedes?—pregunta el oficial encargado de la sección.

—Yo, de Cabra.

—Yo, de Mula.

—Yo, de Jaca.

El oficial, cerrando con mucha gravedad el libro:

—Lo siento, pero hasta ahora no tengo orden de dar pasaporte para animales. Vuelvan ustedes otro día.

—Diga usted, doña Teresa, ¿de qué murió su marido?

—De la gota, amiga mía, de la gota. ¿Y el de usted?

—¡Del trago, hija mía, del trago!

Entre novios:

El.—¡Qué pareja tan encantadora hacemos los dos conjugando el verbo amar!

Ella.—¡Y no sería más encantador que conjugáramos el verbo casar?

—o—

Una señora ve pasar por la calle un hermoso perro.

—¿De qué raza es?—pregunta á Gedeón, que la acompaña.

—Pertenece á una raza que se ha extinguido ya—contesta Gedeón.

Sorprende una señora en el tocador á la cocinera, frotándose los dientes con su cepillo.

—¡Pero, Tomasa!—le grita:—¿qué está usted haciendo? Eso es una porquería.

—¡Nada de eso!—responde la muchacha con extremada simplicidad.—¡Si á mí no me da asco de la señora!

—o—

En un restaurán:

—Camarero, tráigame usted una chuleta muy grande, porque soy muy miope.

Un hambriento asistía á un convite en el cual la señora de la casa, para hacer honor á sus convidados, se encarga de hacer los platos.

—Esto es para usted—le dijo.

—Mil gracias, bondadosa señora.

La dama siguió colmando el plato, y viendo que el convidado no lo retiraba, dijo:

—Amigo mío; cuando no quiera que le sirva más, me dirá usted: «basta».

—Señora, nunca llamaré yo basta á una persona tan finísima.

Buena precaución



—En cuanto á sencillez, nada aventaja á mi aparato, al *Anti-rateril*, que acabo de inventar. Me coloco ante el fonógrafo, y después de gritar con toda la fuerza de mis pulmones... ¡¡¡Sal, miserable, ó te reviento!!! adapto un hilo eléctrico al aparato que comunica con la puerta de entrada; así, el bribón que trate de penetrar en mi casa, se verá obligado á tomar inmediatamente las de Villadiego...



Satisfecho con haber tomado tales precauciones y no teniendo ya nada que temer, Mostagán se encaminó al Café de la esquina, pues eran ya las siete y hacia diez minutos largos que no se había humedecido el gajate.



¡Es cosa tan agradable paladear un aperitivo! Y luego, ¡puede darse nada más grosero que despedirse de los camaradas apenas probadas unas copas? Mostagán era incapaz de incurrir en semejantes inconveniencias...



Lo cual no obstó para que, al salir, se detuviera en todos los cafes, cafetines y tabernuchas que halló al paso, y que fueron ¡ay! innumerables...



Tan innumerables... que esto explica perfectamente porqué nuestro héroe se encontraba á altas horas de la noche rondando hecho una sopa por las desiertas calles de la ciudad, hora en que las personas honradas se han retirado á descansar de las fatigas del día.



Pero como en este mando no hay nada perdurable, sucedió que, después de vagar hora tras hora por calles y paseos, Mostagán decidió ir á su casa. Subió á traspieses la escalera... pero apenas entreabrió la puerta, oyó dentro de su propio cuarto una voz ronca gritar amenazadora y desafortadamente:

¡¡¡Sal, miserable, ó te reviento!!!



Mostagán era lo que se llama un buen muchacho, pero no le gustaban ciertas bromas; así, antojándosele aquella muy pesada, no vaciló, y sacando con rápido gesto su «channerless» cargado con pólvora sin humo, hizo seis disparos consecutivos en diferentes direcciones... «Tanto peor para el intruso! dijo para sí; estoy obrando en legitima defensa!»



Algunos minutos después, nuestro infeliz beodo dióse cuenta de lo sucedido. Con la jumera que se traía, no se acordó del aparato de su invención, por cuyo medio se disponía á abuyentar á los ladrones, y lo hizo trizas. ¡Trescientas pesetas le costó la fiesta!

En el tribunal:

—Acusado, ¿qué motivo ha tenido usted para dar á su mujer diez y ocho puñaladas?

—Señor, lo hice por su bien; padecía una anemia, y los médicos me mandaron que le diera mucho hierro.

—o—

Fué un individuo á casa de un amigo para pedirle un duro prestado, pero no se atrevía.

Después de muchas vacilaciones, le dijo:

—¿Qué harías tú si yo te pidiera un duro?

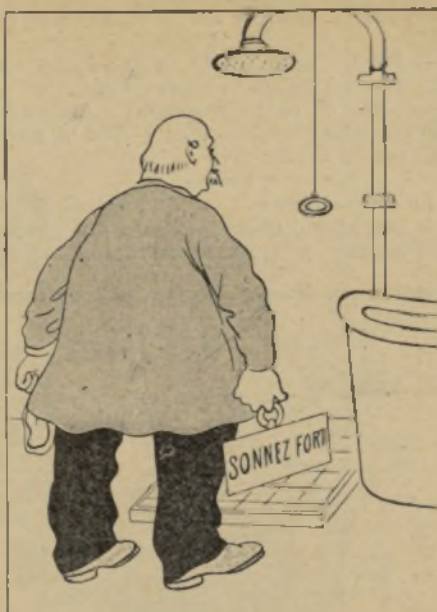
—Negártelo—contestó el otro.

Al poco tiempo se despidió de él, y al bajar la escalera iba diciendo:

—¡A lo menos no he pasado por la vergüenza de pedirle nada!



EL PIN OR. — Vamos á entregarle al doctor el cartelón que me encargó. ¡Tomal... ¡pues no tiene abierta la puerta? Entraré, ¡qué diablo!



— ¡Pero dónde se habrá metido el doctor? He recorrido todas las piezas de la casa, sin dar con él Nada, voy á dejar el cartelón colgado aquí.



— Ya lo encontrará cuando venga. Yo me marcho.



EL ENFERMO (que ha seguido el mismo camino que el pintor buscando al médico). — ¿Dónde estará?... No lo hallo en parte alguna, y el caso es que yo no me puedo marchar sin verle. ¡Ah! ¡esta campanilla! Llamemos. ¡Tal vez venga en seguida!



¡¡¡!!!

Estaba de huésped un estudiante en casa de una patrona que sisaba la carne, y advirtiéndolo aquél, le dijo:

— Yo no entiendo esto: pago una libra de carne y cuando voy á comer apenas encuentro un cuarterón.

— Eso consiste en que en Madrid la carne merma mucho.

— ¡Pero, señora! Por más que merme...

— Pues hijo, aquí nadie se la come. Estoy segura que si le pone usted á mi gato carne en el suelo, no la toca.

— Pues bien, señora: hágame el favor de que el gato me ponga el cocido desde mañana.

Un avaro trata de obsequiar á su sobrino, y le dice:

— Ya sabes que el Gobierno está acuñando monedas de oro de veinte duros.

— Sí, señor.

— Pues bien; la primera que pueda yo procurarme, te la enseñaré.

En la calle.

Un transeunte da, sin querer, un empujón á un borracho, y éste exclama indignado:

— ¡No hay necesidad de que usted me empuje! ¡Yo sabré caerme por mí mismo!



— ¡Toma: un siete te presento; Suelta la sota al momento, Y es segura tu derrota!

— Pues voy á ponerme á sota-vento.

Una «tomadora» vieja está en el banquillo, y el presidente interroga al guardia que la detuvo.

— La cogí el domingo en la Puerta del Sol.

— Ya era tiempo — dice la «tomadora» riendo.

— ¿Por qué?

— Señor presidente, porque ya hace mucho que estoy madura.

Gedeón felicita á una señora, cuyo marido acaba de ser nombrado gobernador.

— Bueno — exclama ella; — pero todo esto es efímero. Dígame usted, ¿cómo quedaría yo si mi esposo falleciese?

— Pues... quedaría usted viuda.

— ¿Qué tal tu familia? ¿Está ahora en paz? — preguntaban á un gitanillo.

— Si no fuera — contestaba éste, — porque mi hermana se está peleando siempre con mi mare, y mi hermano conmigo, y mi pare mos pega una paliza diaria á mi mare, á mi hermana, á mi hermano, y á mí, aquello sería un corito de ángeles.

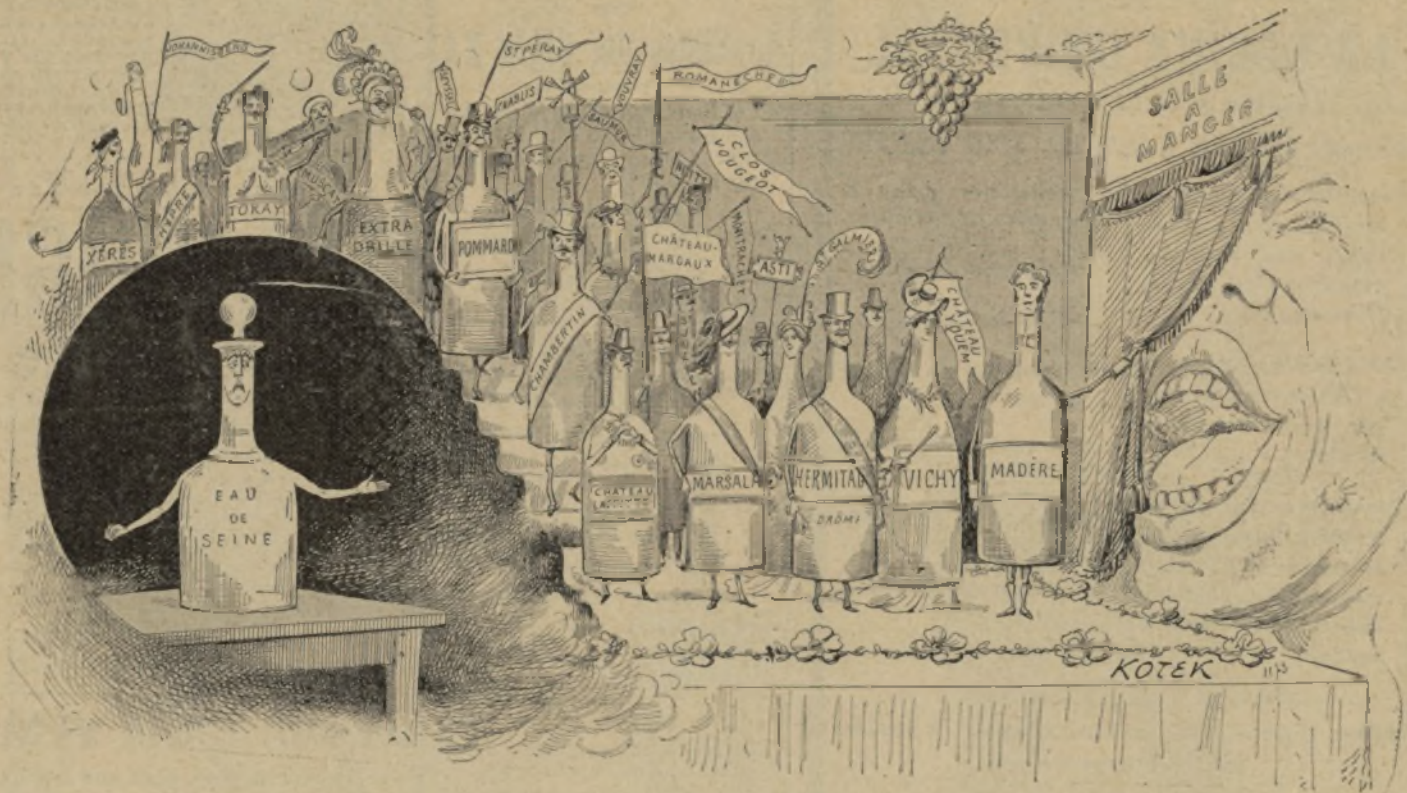
Gedeón ha tomado un coche por horas. Después de haber permanecido largo rato en casa de un amigo, quiere subir de nuevo al carruaje, y nota que el cochero duerme profundamente.

— ¡Pobre hombre! — exclama de buena fe Gedeón. — ¡Sería una crueldad despertarlo! Y se aleja precipitadamente á pie.



A los directores de Café-concierto

Todo el mundo ha podido notar, y deplorar á la vez, en los Cafés-concierto, la angostura de las mesillas destinadas á colocar las consumaciones. ¿Cómo no se les acude á los Directores ó propietarios de esos establecimientos hacer una reducción sensible en los precios para militares, á cambio de que éstos consintiesen en que sus charreteras sirvieran de repisas á los vasos de los espectadores vecinos?



Nadie es profeta en su tierra

EL AGUA DEL SENA. — ¿Queréis sobresalir en París? Pues no hay como ser provinciano ó extranjero. Testigos todos estos líquidos, que van á ser festejados en las mesas de mis dueños, en tanto que yo, la única parisiense aquí, me veo deshonrosamente proscrita. Razón tienen en decir que en su país nadie es profeta.

En un tribunal:
 — El juez. — Está probado que ha envenenado usted á su mujer con laudano.
 El acusado. — No, señor juez. La he administrado una fuerte dosis, nada más. Yo creo que usfa no puede condenarme más que por ejercer ilegalmente la medicina.

A un avaro, que pasea con cierto amigo, le pide limosna un pobre que lleva la pierna de palo.
 — ¡Habrás pícaro! — exclama.
 — ¡Por qué?
 — ¡Cómo le envidio! ¡No gasta en calzado más que la mitad que nosotros!

Un individuo acribillado de deudas, se ha casado con una mujer muy vieja y muy fea, pero muy rica:
 — ¡Qué edad tiene tu mujer? — le pregunta un amigo.
 — ¡La edad de oro!

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

ADIVINANZA

Dicen que soy rey, — y no tengo reino;
 Dicen que soy rubio, — y no tengo pelo;
 Afirman que ando, — y no me menea;
 Arreglo relojes, — sin ser relojero.

CHARADA

En los abismos del mar
 Hallarás *tercia primera*;
 Flores que dan desengaños
 El *prima segunda* muestra,
 Y el todo es el ser más listo
 De que la historia da cuenta.

Soluciones

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

ENIGMA. — *Dientes y muelas.*
 CHARADA. — *Salomé*

Imprenta de Huerlich y C.ª en eta. — Barcelona

EL PÉLE-MÉLE

Es la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.
De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzarse en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygienne
Paris, 55, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y casa para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

84 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA de Novelistas del Siglo XX

En el Concurso abierto por los Editores de esta Biblioteca, fueron premiadas las siguientes novelas:

- Primer premio,
Pedro Mata. **Ganarás el pan...**
- Segundo premio,
Mariano Turmo Baselga. **Miguelón.**
- Tercer premio,
Rafael Pamplona Escudero. **Cuartel de Inválidos.**
- Recomendadas por el Jurado.
Ricardo Carreras. **Doña Abulia.**
- Gregorio Martínez Sierra. **La Humilde Verdad.**
- Magdalena Santiago Fuentes. **Empreudamos nueva vida.**
- José Sagarra. **Vecuelón.**
- J. Menéndez Agusty. **Marín de Abreda.**

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores
BARCELONA

VERDADEROS GRANOS de SALUD



del Dr. FRANCK
Un siglo de éxitos, por todo el mundo
Contra el ESTREÑIMIENTO
y sus consecuencias:
Inapetencia, Jaqueca
Embarazo gástrico, etc.
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS,
con Etiqueta en 4 colores,
análoga a la del margen, y el
Nombre del Dr. FRANCK
sobre cajas azules, cuyo fac-símil
damos también al margen.
Fr. 50 1/2 caja (50 gr) 3 l. caja (145 gr)
Es el mejor, el más cómodo y el más
barato de los Remedios
A cada caja acompaña una
instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

No empleéis sino las **PLACAS JOUGLA** Y PAPELES

LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Campomar, Ganovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrari, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueta y Valera.
ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galufre, Martínez Cubells, Más y Fondevilla, Mestres, Moreno Cabanero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NUEVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 pts. cuaderno.
Henrich y C.ª, editores. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en San Andrés de Palomar — Barcelona
Valor: 5000 pesetas.

BARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN
Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA